

Cosroes II, que debía el imperio á Mauricio, declaró la guerra al asesino y bajo pretexto de vengar á su bienhechor invadió el imperio.

Constantinopla se hallaba estrechada por los bárbaros hácia el mediodía y el norte cuando subió al trono Heraclio despues de derribar á Focas, que por siete años consecutivos habia manchado el trono con sus escesos. Cosroes recorrió la Siria, de paso saqueó á Damasco, Antioquia y Jerusalem, matando á los que rehusaban pisar el crufijo para adorar el sol, mientras que su teniente Sain atravesaba triunfante el Egipto y volvía al Asia menor para poner guarniciones hasta en la ciudad de Calcedonia. Heraclio solicitó la paz y Cosroes contestó haciendo desollar vivo al valiente Sain, porque habia prestado oídos á las proposiciones del emperador. Al mismo tiempo los ávaros instigados por los persas, volvieron á empuñar las armas y se presentaron bajo los muros de Constantinopla, de suerte que Heraclio reducido á su capital, pensaba huir á Cartago cuando le retuvo el clero y le dió sus riquezas, con lo cual la Iglesia salvó el imperio.

Habia concluido la época de las desgracias y comenzó un período de triunfos. Heraclio llevó de golpe la guerra al centro de la Sicilia, y Cosroes sorprendido retrocedió á la otra parte de las fronteras no sin ser roto durante su retirada en Isso y en Mosul. Los ávaros en 626 quedaron casi esterminados, y Heraclio recobró la Armenia y la Siria con el auxilio de las tribus de los turcos-kazaros aliados del imperio. Siroes sucesor de Cosroes imploró la paz mas no pudo obtenerla sino devolviendo los países conquistados, las águilas romanas, y la verdadera cruz que su padre habia cogido á los Griegos.

Transcurrirá mucho tiempo antes que la Persia vuelva á atacar el imperio, mas contra este se levantan en el mediodía enemigos mas temibles. Mahoma lanza contra el mundo las errantes tribus de la Arabia con el Coran en una mano y la cítarra en otra; las provincias orientales del imperio son las primeras en sufrir la invasion: una batalla decide la conquista de la Siria y del Egipto, y en adelante los límites del imperio no alcanzarán mas allá del Asia menor. Heraclio, perdida su gloria, muere sin vengar sus derrotas, le suceden una larga série de príncipes cuyos nombres son otros

tantos lunares en la historia del envilecido imperio. Despues de medio siglo de infamias y de crímenes se estingue la familia de Heraclio, y comienza un período menos lamentable, en el cual durante 400 años el imperio resiste los ataques de los bárbaros y las intestinas discordias fomentadas por las controversias religiosas.

## II.

Era mas fácil conquistar la Italia que conservarla, y así fué que apenas empezaba el hérulo á afirmar su naciente dominio aliándose con los visigodos y los vándalos, cuando tuvo que haberse las con un competidor terrible. Los ostrogodos metidos en un rincón de la Iliria y cansados de una ociosidad insólita, se removían al otro lado de los alpes y no aguardaban mas que un jefe para lanzarse á la guerra y al pillage. El emperador Zenon les envió al jóven Teodorico, descendiente de su propio rey, á quien habia educado en Constantinopla y conferido las primeras dignidades del imperio. Delególe sus derechos imperiales sobre la Italia, y le encargó la arrancase del poder de los hérulos confiando que de esta suerte los bárbaros se destruirían unos á otros y vencería al enemigo con las armas del jóven guerrero. Teodorico partió revestido de un velo sagrado, digno de su investidura; pero no habia de ser por mucho tiempo el dócil instrumento del débil emperador de Oriente. Al frente de toda la nacion de los ostrogodos atravesó rápidamente los Alpes Julianos, y derrotó cuatro veces á las tropas de Odoacro, quien solo pudo defenderse detrás de los muros de Rávena. Despues de dos años de sitio, cansados igualmente de la guerra godos y hérulos, firmaron un tratado que daba la mitad del reino á Odoacro, pero su rival le dejó atravesado de heridas en un festin y reinó solo.

Teodorico que era tan valiente como un jefe de bárbaros y tan astuto como un discípulo de los griegos, poseia todas las dotes que constituyen un gran rey: conocimientos militares para conquistar y estudios políticos para organizar las conquistas. Sometida la Italia, fortificó todas sus avenidas; ocupó la Iliria, la Retira, la Pannonia y la Nórica para cerrar todos los pasos á los hijos del norte; confinó los restos de los hérulos al pié de las montañas para que

serviesen de parapeto á la Italia; mantúvolos dependientes de muchos jefes godos acampados en la cordillera de los Alpes, y armó una flota de mil naves ligeras para defender el litoral del Adriático molestado continuamente por los piratas griegos. Infunde serios temores al emperador de Oriente, con el cual contemporiza todavía por cálculo; á las naciones de Occidente, cuya invasion detiene; se vanagloria de ser el protector de todos los pueblos de su raza, y si no puede salvar á su yerno Alarico II rey de los visigodos, derrota al menos el victorioso ejército de Clodoveo; se establece en el mediodía de la Galia; se declara tutor de su nieto Amalarico, apodérase del gobierno de España como de la Italia; nombra los magistrados; arregla los negocios públicos y se constituye soberano de todas las tribus godas, mientras que los jefes de los vándalos, de los borgoñones y de los turingios se enlazan con su familia ó solicitan su alianza.

Manifestábase digno de tan alto poder por la sabiduría de su gobierno en Italia. El mundo vió con admiración á un conquistador bárbaro, solícito en borrar las huellas de las pasadas invasiones y en hacer reinar en sus nuevos estados la concordia, la prosperidad y la civilización. Aunque es arriano, respeta los privilegios del clero, protege la religión católica que profesan los romanos y permite la pública celebración de sus fiestas. «Ningun imperio tenemos sobre la religión, dice, porque no se pueden forzar las conciencias.» Tan tolerante en política como en religión, coloca, al menos aparentemente, en el mismo rango á los vencidos que á los vencedores; parece que procura formar de ellos una sola nación, quiere que los godos aprecien á los romanos como vecinos y hermanos suyos, y que los romanos estimen á los godos como sus defensores. Mientras que en otros países el pueblo conquistador conserva una legislación privilegiada, en Italia una ley rige á los godos y á los romanos, y es la romana apenas modificada. Los impuestos pesan con igualdad sobre unos y otros: el antiguo sistema de gobierno queda en pié casi sin mudanza: el senado recibe honores y la magistratura y las dignidades civiles recobran su esplendor y quedan confiadas en gran parte á los romanos. El secretario y ministro de Teodorico, es el italiano Casiodoro cuya actividad y cuyas luces secundan perfectamente el genio de su nuevo

señor, con quien comparte la gloria de este ilustre reinado. La corte de Teodorico se convierte en corte romana, y los romanos olvidan su esclavitud cuando ven á Teodorico entrar en Roma con la pompa de un triunfador romano, y recobran las distribuciones del Foro y los juegos del Circo. Para recompensar á los soldados, Teodorico les reparte las tierras que mucho antes habia Odoacro quitado á sus dueños, y al mismo tiempo impone penas rigurosas contra cualquier godo que usurpe la herencia de su vecino ó le quite sus frutos ó sus ganados.

A pesar de tantas concesiones para conciliarse el afecto y la obediencia de los vencidos, la política del bárbaro deja subsistir entre los dos pueblos una diferencia grande, aunque hábilmente disimulada. El cuidado de la defensa y de la guerra está confiado al pueblo vencedor: solo el godo puede ceñir espada y acostumbrarse al servicio militar en los gimnasios, al paso que debe abstenerse de las letras y las artes que pueden ablandar su belicoso carácter. El romano no puede llavar armas, pero tiene abiertas las escuelas, las academias y las bibliotecas, y Teodorico favorece con todo su poder el progreso de las artes pacíficas que dan brillo á su reino asegurando su dominio. Los monumentos antiguos son por todas partes restaurados con celo si no con talento. Casiodoro, cual otro Mecenas, llama á la corte á los sabios Simaco y Enodio, al historiador Jornandes y al filósofo Boecio. Desarrollanse la industria y la agricultura; por primera vez la Italia se alimenta á sí propia, y solo el comercio se halla desatendido porque la nación estaba acostumbrada á no mantener con sus vecinos otras relaciones que las del pillage.

Por desgracia el final del reinado de Teodorico hizo presagiar el término de este brillante período. Fatigado tal vez de los afanes del gobierno ó inquieto por el porvenir de un imperio fundado á tanta costa, se volvió suspicaz y cruel. Hizo aherrojar al papa Juan que no habia querido intervenir á favor de los arrianos perseguidos en Oriente: castigó una supuesta conspiración haciendo morir entre tormentos á Boecio y Simaco, mas perseguido á su vez por las sombras de sus víctimas, murió entregado á terribles remordimientos.

Después de Teodorico las dos monarquías godas se separaron

segunda vez, y la de los ostrogodos cayó luego en decadencia. En vano Amalasunta, digna hija de tan ilustre padre, gobernó con firmeza y prudencia durante la minoría de su hijo Atalarico; en vano Casiodoro unió sus esfuerzos á los de la reina para salvar la obra de Teodorico; el carácter independiente de los godos se irritaba contra el gobierno romano, al cual solo Teodorico pudo sujetarlos, y reclamaban el derecho de educar á Atalarico en las costumbres de sus antepasados. Amalasunta creyó hallar un apoyo contra su insubordinacion casándose con su primo Teodoato, hombre pérfido que asesinó á su esposa luego que la muerte de Atalarico hubo dejado vacante el trono; pero no gozó mucho tiempo del fruto de su crimen. El emperador de Oriente, Justiniano, aprovechando esta coyuntura para arrebatarse la Italia y Roma á los bárbaros, declaróse vengador de la hija de Teodorico y su general Belisario no hizo mas que presentarse para ocupar la Sicilia y la mayor parte de Italia; pero Vitiges, elegido en lugar de Teodoato, cuya cobardía indignaba á sus subditos, opuso á los griegos mas seria resistencia. Recobró á Milan, en donde fueron muertos trescientos mil hombres, y atacó á Roma de la cual acababa de apoderarse Belisario, pero este recobró la superioridad y los francos que llamados por los dos partidos habian venido á un tiempo á atacar á los romanos y á los godos, fueron arrojados por el hambre; y luego Vitiges hecho prisionero en Ravena, fué conducido á Constantinopla para adornar el triunfo del vencedor.

Alejado apenas Belisario, se levantaron de nuevo los godos bajo la direccion de Totila, quien venció á los griegos en Faenza y luego se hizo dueño de toda la península. El héroe del imperio fué enviado nuevamente á Italia; pero la envidia de los cortesanos le rehusó los socorros mas indispensables, por lo cual se retiró viniendo á sucederle el eunuco Narses, quien desembarcó en Italia con un ejército de bárbaros á sueldo del imperio. Totila fué muerto en la batalla de Lentagio, en la que se decidió el éxito de la guerra y la suerte de Italia. Por espacio de un año los ostrogodos, á las ordenes de Teyas y despues de Aligerno, intentaron sostener la lucha llamando nuevamente en su auxilio á los francos pero otra derrota obligó á los restos de la nacion goda á abandonar la Italia que fué de nuevo provincia del imperio. Los francos que habian llega-

do harto tarde mandados por Leutaris y Bucelin, murieron de peste ó á manos del ejército de Narses.

Sujetado que hubo Narses toda la península, la gobernó por espacio de quince años con el título de exarca, pero aborrecido por sus tiranías, las quejas de los senadores lograron que fuese separado del mando, y hasta insultado en su desgracia por la emperatriz Sofia. Estos ultrajes eran demasiado crueles, y Narses para vengarse de ellos llamó á Italia á los lombardos.

Esta bárbara nacion era oriunda de las márgenes del Elba y del Oder. Su gefe el valiente y salvage Alboin, habia sometido á los gépidos, muerto á su rey y héchose dueño del pais ocupado en otro tiempo por los ostrogodos. Toda la nacion lombarda, hombres, mugeres y niños, acompañada de veinte mil sajones, se presentó en las llanuras de la Italia que quedó espantada al ver á esos guerreros que cubiertos de pieles de animales peleaban sin dar cuartel y hacian servir de copas los cráneos de sus enemigos. La gente huyó de todas partes: las lagunas de Venecia dieron asilo á nuevos habitantes, y la mayor parte de las ciudades que Narses ya no defendia, se vieron obligadas á franquear sus puertas á los lombardos, quienes en Milán proclamaron á su gefe rey de Italia. Dueño Alboin de Pavia al cabo de tres años de sitio, la declaró capital de sus conquistas y fundó el reino de los lombardos, dividiendo el pais en ducados para sus principales compañeros. A los griegos les tocó Ravena con el territorio inmediato, la cual continuó en llevar el nombre de exarcado, y pudo librarse todavia por espacio de doscientos años del dominio de los lombardos.

La nueva monarquía recibió alteraciones por la sangrienta muerte de Alboin, víctima de la venganza de su propia esposa Rosamunda, hija del rey de los Gépidos, á la cual habia obligado á beber en el cráneo de su padre. Los duques lombardos se dividieron el poder despues de la muerte de Clefis, asesinado al cabo de diez y ocho meses, y por diez años sus disensiones llevaron agitada la Italia, hasta que cansados del desórden y de la anarquía y temiendo la alianza de Mauricio emperador de Oriente, y de Childeberto II rey de Austrasia, restituyeron el cetro á Autaris hijo de Clefis, cediéndole para los gastos del estado la mitad de sus propios dominios. Entonces comenzó el brillante período del reinado de los Lombar-

dos. Autaris conduce su victorioso ejército hasta el extremo de la Italia, y metiendo su caballo en las olas esclama; «Hé aquí el límite del imperio de los lombardos.» Su viuda, la virtuosa Teodelinda, da su mano al duque Agidulfo, á quien los lombardos se apresuran á colocar en el trono. La reina uniendo sus esfuerzos á los del papa San Gregorio, suaviza las costumbres de sus súbditos, y propaga entre ellos la fe católica, mientras que Agidulfo defiende victoriosamente su trono contra los duques rebeldes y contra los griegos unidos con los avaros y con los francos para devastar la Lombardia. Rotari otorga á sus súbditos un Código solemnemente aprobado por la nación en la dieta de Pavía y al mismo tiempo estrecha á los griegos, los cuales cesan en sus ataques casi por todo un siglo; pero las discordias intestinas van preparando la ruina de la monarquía lombarda. El respeto de la nación hacia la posteridad de la gran reina Teodelinda, no puede triunfar del principio electivo que mantiene viva la ambición de los duques. El rey Persárito arrojado del trono por el duque de Benevento Grimoaldo, mas recobra la corona despues de la muerte de su rival, y luego los descendientes de Pertarito se derriban y deguellan unos á otros. La Lombardia recobró por un instante su prosperidad y grandeza al llamar al trono, en 741, al bárbaro Luitprando, reformador de las leyes lombardas, aliado de Carlos Martel y conquistador de la mayor parte del exarcado, quien se hizo temible á toda Italia y de cuyos combates el papa Gregorio II pudo salvar á duras penas la independencia de Roma. La Lombardia alcanzó su mayor pujanza bajo el cetro de Astolfo que se apoderó definitivamente de Rávena en 752; pero este rey iba á encontrar bajo los muros de Roma al de los francos, Pipino el Breve, protector de la Santa Sede y á dejar á su sucesor Desiderio un torno que se bamboleaba é iba á ser derribado por las invencibles armas de Carlomagno.

### III.

Mientras en Italia se venia abajo el imperio de los ostrogodos, el de los visogodos fundado en España por Atila, estaba en el apogeo de su grandeza, la cual, sin embargo, habia de caer rápidamente. Establecidos en el norte de España y en el mediodia de

la Galia por Walia, bajo el reinado de Honorio, no se contuvieron mucho tiempo en sus primeros límites. En el reinado de Teodorico II, los visogodos se hicieron dueños de Narbona y empeñaron la lucha con los suevos en la otra parte de los Pirineos. Eurico se apoderó de toda la España romana, sin dejar á los suevos mas que un rincon de la Galicia y al mismo tiempo ensanchaba sus fronteras hácia el centro de la Galia. Cuando ocurrió la caída del imperio de Occidente, las posesiones de Eurico alcanzaban á las márgenes del Loira: pero la derrota de Nouillé que costó la vida al rey Alarico II, quitó toda la Aquitania á los visogodos, que solo conservaron en la Galia la provincia de Septimania.

Restablecióse el poder de los visogodos en el mediodia de Francia, cuando los dos reinos godos quedaron reunidos bajo la supremacia del gran Teodorico; pero los francos á quienes habia humillado, pasaron los Pirineos en el reinado de Amalarico, para castigar á este rey arriano por el mal tratamiento que daba á su esposa católica, y los visogodos se vieron obligados á recibir los auxilios que Justiniano ofrecia á uno de los aspirantes al trono de España para tener ocasión de intervenir en este país. Toda la parte oriental y meridional cayó en poder de los griegos despues de una sangrienta lucha; mas estas posesiones lejanas no podian estar sometidas mucho tiempo al débil cetro de los emperadores. Leovigildo vencedor de sus rivales, desposeyó de Córdoba á los griegos; en la reñida batalla de Braga obligó á los Suevos á reconocer sus leyes y la España casi entera fué reunida bajo un solo dominio.

Hasta entonces los visogodos habian sido arrianos; pero Recaredo, hijo de Leovigildo, se convirtió al catolicismo, hizo condenar el arrianismo en el concilio de Toledo y mereció el dictado de Católico. Su sucesor hizo guerra á los griegos y los persiguió con encarnizado furor, estrechando diariamente sus dominios en la costa oriental, y finalmente merced á las guerras que ocupaban en Asia las armas de Heraclio, Suintila arrojó de la península á los griegos y fué el primer rey que gobernó toda la España.

El reino de los visogodos subsiste cerca de un siglo en medio de discordias intestinas. Los grandes se disputan la corona, y en cada eleccion se renuevan los desordenes; el clero, estable y poderoso de suyo, adquiere un ascendiente inmenso; rigores escesivos contra

los Judíos y los hereges manifestaban un celo mas ardiente que ilustrado, y al mismo tiempo amenazaba á la España un nuevo peligro. Los árabes dueños del Africa septentrional empujan sus terribles huestes contra Europa: y aunque la flota del rey Egica dispersa sus naves, no tardarán á pasar el estrecho, y la batalla de Guadalete derribará á un tiempo el trono de Rodrigo y la monarquía de los visogodos.

## IV.

La Bretaña distaba demasiado de Roma para que los emperadores pudiesen lisonjearse de conservarla mucho tiempo. Desde que comenzó la invasion de los bárbaros fué preciso que á la vigilancia de las fronteras lejanas se antepusiese la defensa del corazon del imperio, y por esto en tiempo de Honorio fueron retiradas de la Gran Bretaña todas las legiones romanas, á pesar de los ruegos de los bretones expuestos á los ataques de los pictos ó caledonios. Estos pueblos condenados á la dependencia, sustituyeron una organizacion imperfecta á la organizacion romana, y levantaron milicias nacionales para reemplazar á las legiones; pero degenerados por su larga servidumbre, eran incapaces de gobernarse y defenderse por sí mismos. En vez de trabajar para la comun defensa, los jefes se destrozaron unos á otros para arrancarse el poder soberano, y en medio de sus discordias, sus infatigables enemigos redoblaban los esfuerzos. No habiendo logrado contra estos el auxilio que solicitaron del general Aecio, determinaron interesar en su defensa á sus mismos enemigos, y llamaron á los sajones ofreciéndoles la isilla de Tanet. Desembarcados los piratas, reclamaron dominios mas vastos, y los bretones arrepentidos ya de lo hecho se negaron á cumplir sus empeños y estalló la guerra entre *el dragon blanco* de los piratas y *el dragon rojo* de los bretones: El valiente Wortigerno *penteyra* ó gefe superior de los bretones. y su hijo Wortimer sostuvieron sin fruto una abierta lucha contra sus feroces enemigos, y el jefe de los sajones Hengisto, vencedor de los escoceses y de los bretones, tomó en 455 el título de rey de Kent. La invasion sajona continuó por espacio de setenta años; los bretones divididos entre sí fueron constantemente derrotados, así co-

mo los habitantes de Escocia, sus antiguos enemigos, y poco á poco los confinaron hácia sus montañas de Gales y de Cornuailles. Muchos fueron á establecerse en la Armórica, península occidental de la Galia á donde llevaron su nombre; sus costumbres y su idioma, mientras muchos jefes sajones se fijaron en los paisés abandonados por los vencidos, fundando los reinos de Sussex, de Wessex, y de Essex. Habia terminado la primera faz de la invasion; pero luego apareció otro pueblo mas salvaje y cruel que los mismos sajones, que fué á ocupar las provincias septentrionales poseidas aun por los bretones. Edda jefe de los anglos, salido del Quersoneso címbrico, desembarcó con todo su pueblo en el norte de la Bretaña, establecióse en él despues de haber merecido por sus horrorosas devastaciones el apelativo de *Tea incendiaria*, y fundó el reino de Northumberland en 547. Un destacamento de su tribu erigió algunos años despues el de Este-Anglia, y por fin en 584 fundaron los anglos el de Mercia.

De este modo llegó á constituirse la heptarquía (siete gobiernos) anglo-sajona. El interés comun reunió al principio las dos razas que trabajaron de acuerdo para sujetar la Bretaña y oprimir á los vencidos. Los indígenas disminuyeron rápidamente bajo el peso de una horrorosa tiranía, y la sangrienta religion de Odin reemplazó á la cristiana; pero el celo de los misioneros de la Santa Sede guiados por el monje Agustin habia de levantar otra vez en el reinado de Etlberto los altares de Jesucristo é inculcar el espíritu de paz y concordia en aquellos feroces conquistadores.

La heptarquía tenia un consejo general, Wittenagemot (consejo de los sabios), el cual bajo la direccion de un gefe supremo llamado Bretwalda, entendia en los asuntos de interés comun. Esta asamblea parece que no ejerció grande influjo, y á pesar de su accion conciliadora los diferentes pueblos tardaron poco en dividirse. La guerra destruyó el equilibrio entre los siete reinos, y los de Wessex, de Mercia y de Northumberland dominaban á los estados vecinos convertidos en tributarios, cuando apareció Egberto el Grande, rey de Wessex, que los reunió todos, y fundó en Inglaterra una verdadera monarquía.

Esta monarquía hija de una invasion, iba á ser devorada por otra. Desde algunos años antes los reyes daneses asolaban las cos-